

Alemania: una historia forjada en la guerra

El devenir histórico de Alemania está intrínsecamente ligado a la guerra. Desde su propio germen al proceso de unificación y hasta la actualidad, pasando por el cataclismo de las guerras mundiales, la historia de Alemania no se entiende sin el hecho bélico. En *Hierro y sangre*, el multipremiado historiador Peter Wilson presenta un titánico estudio de historia total en el que desgrana cómo la guerra ha sido el fenómeno catalizador que ha forjado los Estados y sociedades de la esfera germana en los últimos cinco siglos.



Hierro y sangre. Una historia militar de Alemania desde 1500
978-84-124985-3-0
928 páginas + 16 en color
15,5 x 23,5 cm
Cartoné con sobrecubierta
P.V.P. 39,95 €

El celebrado historiador Peter Wilson, autor de los monumentales *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea* y *El Sacro Imperio Romano Germánico*, se embarca ahora en una obra no menos titánica, un relato sobre Alemania a través de cinco siglos de historia militar. Durante la mayor parte de su existencia, la Europa germanófona ha estado dividida en innumerables Estados, algunos muy relevantes, como Austria y Prusia, y otros formados por un puñado de valles alpinos. Su experiencia militar también ha sido extraordinariamente variada: a veces amenaza, a veces amenazada; en ocasiones una mera zona tampón, y en otras, un peligro global. *Hierro y sangre* es un libro asombrosamente ambicioso y absorbente que abarca cinco siglos de cambios políticos, militares, tecnológicos y económicos para narrar la historia de las tierras de habla alemana, desde el Rin hasta la frontera balcánica, desde Suiza hasta el mar Báltico. Una visión de conjunto en la que Wilson contempla múltiples aspectos y muy variadas dimensiones, desde el desarrollo de las armas hasta el reclutamiento, la estrategia en el campo de batalla o cuestiones ideológicas como el impacto de la Reforma protestante o el surgimiento del nacionalismo. Si hay una constante, esta ha sido la sensación de verse acosados por enemigos aparentemente más poderosos –Francia, Rusia o los otomanos– y la necesidad de asestar un golpe de gracia rápido para asegurarse un resultado favorable en una guerra. En cambio, y casi inevitablemente, esto ha significado en la práctica conflictos prolongados, implacables y a menudo imposibles de ganar y, en 1939-1945, una terrible catástrofe moral. El impacto militar de Alemania en el resto de Europa ha sido inmenso, y *Hierro y sangre* ilumina el pasado, y con ello el presente y el futuro, de una parte central en el devenir del viejo continente, y del mundo.



Peter H. Wilson es un historiador británico, especialista en historia alemana y militar. Es *Chichele Professor* de Historia de la Guerra en la Universidad de Oxford y miembro de la *Royal Historical Society*. Autor de *La Guerra de los Treinta Años. Una Tragedia Europea*, con la que ganó el Society for Military History Distinguished Book Award 2011 y *El Sacro Imperio Romano Germánico. Mil años de historia de Europa*.

En librerías el miércoles 24 de mayo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DE *HIERRO Y SANGRE*

«Infinitamente fascinante. La historia ha regresado a Europa, y *Hierro y sangre* es un punto de partida excelente para familiarizarse con ella».

The Times

«Nadie interesado en la historia de Europa puede permitirse no leer este estupendo libro».

Daily Telegraph

«Realmente impresionante... Al situar su relato en el contexto más amplio de la historia europea, Wilson lanza un firme desafío al prusocentrismo teleológico de la historia tradicional».

Richard J. Evans, *Times Literary Supplement*

«Rompedor y muy accesible... El regreso de la guerra convencional a las costas europeas sin duda confiere una imprevista, y no deseada, actualidad a las astutas reflexiones históricas [de Wilson] sobre el desarrollo de la guerra en Europa central».

Robert Gewarth, *Financial Times*

«Una obra de erudición de primer orden... se convertirá en el punto de partida de todos los estudiantes de historia militar, no sólo de Alemania sino de toda Europa».

Jonathan Boff, *BBC History Magazine*

«*Hierro y Sangre* profundiza en la política, la economía, la tecnología y el desarrollo social. Su larga visión de la historia militar de Alemania, sus detalles magistrales y su agudo análisis proporcionan una nueva comprensión de lo que fue el corazón guerrero de Europa».

The Economist

«La fascinante y exhaustiva crónica de Wilson nos recuerda que recuperar la complejidad de la historia militar alemana nos ofrece una nueva perspectiva, especialmente bienvenida en el momento actual, cuando Alemania debate cuál debe ser su papel mientras los cañones disparan y las bombas caen de nuevo en Europa».

Wall Street Journal

DOSIER DE PRENSA





SUMARIO

Hierro y sangre explicado por su autor

EN POCAS PALABRAS

Hierro y Sangre es un relato ágil, accesible y fiable de la historia militar de la Europa de habla alemana a lo largo de los últimos cinco siglos, en el marco más amplio de la evolución de la guerra, tanto en el mar como en el aire. La obra cuestiona la teleología habitual que escribe la historia de Alemania de forma anacrónica, como si condujera inevitablemente a las dos guerras mundiales, el nazismo y el Holocausto. En efecto, el militarismo ha sido parte integral del pasado alemán y ha configurado la forma en que los alemanes han librado las guerras, pero no era ni un destino final ni una trayectoria única de desarrollo. En su historia, los alemanes no han poseído un “genio especial para la guerra”, ni su historia militar puede leerse exclusivamente a través de la experiencia prusiana.

UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

La presente obra supone la culminación de las reflexiones acerca de la historia militar germana de toda mi carrera. Es el libro que me hubiera gustado que existiera en mis inicios, hace más de treinta años. Desde la década de 1980, el campo ha experimentado una transformación gracias al pensamiento crítico en torno a la guerra, que sitúa el estudio del conflicto dentro de su contexto humano más general, así como por mediación de intentos más recientes de reconectar esa dimensión más amplia con el debate de cómo las fuerzas armadas se organizan y dirigen las contiendas.

El libro combina **cronología** y **temática**. La primera es importante para trazar la evolución a largo plazo, mientras que la segunda permite explorar aspectos clave con mayor profundidad. La cronología busca deshacer de forma deliberada el relato estándar, que sigue el ascenso de Prusia y culmina en las dos conflagraciones mundiales. Estos conflictos son, sin duda, relevantes y tendrán una marcada presencia, aunque la visión de conjunto solo puede verse cuando el marco temporal abarca desde mucho antes de la década de 1640 y también más allá de 1945. La Alemania reunificada en la década de 1990 ha existido casi tres veces más tiempo que el Tercer Reich, mientras que la era de paz posterior a 1945 es más extensa que el periodo que va de 1871 a 1945. A pesar de ello, la historia militar de la República Federal de Occidente y su rival comunista oriental, entre 1949 y 1990, todavía no se ha integrado con la historia militar previa a la Segunda Guerra Mundial.

El libro abarca desde alrededor de 1500 hasta la actualidad y está **estructurado en cinco partes** determinadas, en cierto modo, por las formas de organización y práctica militar que predominaba en cada siglo, así como su relación con las estructuras sociales, económicas y políticas. Cada una de las cinco partes cronológicas del libro está **subdividida en tres capítulos** que siguen temas clave a través del tiempo, a la vez que proporcionan un relato. El **capítulo inicial** de cada parte aborda de forma cronológica la relación entre guerra

DOSIER DE PRENSA





Estampa de la caballería pesada y los lansquenets imperiales en su ataque por la derecha durante la victoria contra los franceses en Pavía en 1525. Autor desconocido, 1525-1528. Ashmolean Museum of Art and Archaeology, Oxford. (Heritage Image Partnership/Alamy).

y política y se centra en por qué se libraron los conflictos y hasta qué punto la historia germana «se hizo sobre el campo de batalla». El **capítulo central** de cada parte examina la ejecución de mando, planes e inteligencia, así como la forma en que dichos contingentes se reclutaban, organizaban, equipaban y entrenaban. La **sección final** de estos capítulos abarca la guerra naval, con una sección adicional en el siglo XX –Capítulo 14– acerca del poder aéreo. El **tercer capítulo** de cada parte examina las actitudes hacia la guerra, la motivación y estatus legal de los soldados, su relación con la sociedad, así como el impacto demográfico y económico de la guerra.

UN VISTAZO MÁS CERCANO

El título de *Hierro y Sangre* procede de la famosa afirmación de Bismarck en 1862 de que el poder duro triunfaba sobre los debates parlamentarios. Bismarck no logró convencer a su público y solo logró escapar de la consecuente crisis constitucional gracias a una sucesión de victorias militares que parecen inevitables únicamente en retrospectiva. Este episodio resume el argumento central del libro, según el cual el militarismo ha sido parte integral del pasado alemán y ha configurado su forma de afrontar las guerras.

La Alemania actual se forjó en parte gracias a la violencia, pero la guerra también influyó en la configuración de Austria y Suiza de formas a menudo sorprendentes, y la importancia relativa de los conflictos solo puede medirse cuando la historia militar se inte-

gra dentro del estudio más amplio del pasado de estos países. Sin duda, durante el siglo XIX surgió la idea de la singularidad alemana, en la que muchos alemanes llegaron a creer, y que imprimió características reales a la forma en que planificaron la guerra en 1914. Esto sigue influyendo en el pensamiento militar actual, incluidas las doctrinas de la *Blitzkrieg* y la fe en la eficacia de la superioridad técnica y tecnológica para compensar las desventajas geográficas, económicas y demográficas.

Lejos de demostrar la validez de estos métodos, la experiencia alemana sirve como ejemplo de cómo perder de manera catastrófica. El estrecho enfoque en los aspectos operativos y tácticos, excluyendo el contexto más amplio, contribuyó tanto a las derrotas como a deformar la comprensión histórica posterior. La admiración generalizada por los métodos alemanes ha omitido a menudo cómo la forma alemana de hacer la guerra estaba estrechamente relacionada con la explotación y el genocidio, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial. La posterior imagen de Alemania como “potencia civil” se deriva en gran medida de su autodefinición después de 1945 para distanciarse de su pasado nazi. Al igual que la anterior asociación con el militarismo, esta caracterización solo es válida para determinados aspectos, y el contraste con otros países parece menos pronunciado si se tiene en cuenta cómo ha cambiado la guerra, al tiempo que los gobiernos han desarrollado formas menos obvias y no convencionales de proyectar el poder.

LAS CLAVES DEL LIBRO

Sin la guerra no se puede entender el devenir histórico de Alemania, desde su germen en el **Sacro Imperio Romano Germánico** hasta el proceso de unificación y por supuesto, las **guerras mundiales**.

Hierro y sangre es un monumental estudio que combina **cronología y temática** para **cuestionar el relato tradicional** centrado exclusivamente en la historia de la actual Alemania unificada en torno a Prusia que culmina en las dos conflagraciones mundiales, e incorporar la pluralidad de realidades políticas que forman la esfera germana, incluyendo **Suiza y Austria**.

El **multipremiado Peter Wilson** ofrece una detallada panorámica del pasado bélico germano dentro del contexto general que **aúna historia social, política y militar** para demostrar la intrínseca relación de Alemania con la guerra.

Desde la experiencia de las guerras mundiales al antimilitarismo de la segunda mitad del siglo XX y al **actual rearme** al calor de la guerra de Ucrania. El libro analiza la **compleja relación de Alemania con la guerra**.



DOSIER DE PRENSA



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Peter H. Wilson**, historiador británico y especialista en historia alemana y militar. Es Chichele Professor, la máxima autoridad académica en historia militar en Reino Unido, en la Universidad de Oxford. Entre sus libros figuran *El Sacro Imperio Romano Germánico: Mil años de historia de Europa* y los dos volúmenes de *La Guerra de los Treinta Años. Una tragedia europea*, que ganó el Distinguished Book Award de la Society for Military History y su obra se ha traducido a más de ocho idiomas.

En primer lugar, quisiera felicitarle por su nuevo libro, un ambicioso y titánico estudio sobre la historia militar de Alemania. Si tuviera que resumir su libro en una o dos frases, ¿cuáles serían?

El militarismo ha sido parte integral del pasado alemán y ha configurado la forma en que los alemanes han llevado a cabo las guerras, pero no ha sido una trayectoria única de desarrollo. Los alemanes no han poseído un genio bélico único, ni su historia militar puede leerse enteramente a través de la experiencia de Prusia.

El título de su libro está tomado de una famosa afirmación de Otto von Bismarck, en la que dice que es mediante el hierro y la sangre como se decidían las cuestiones diarias y no con debates

parlamentarios. ¿Qué hay de cierto en la idea de que Alemania es una nación exclusivamente militarista?

Tiene algo de razón, pero, sin embargo, simplifica demasiado las cosas al sugerir que hay una especie de línea continua de desarrollo que se relaciona con Prusia y su evolución desde que se convierte en un Estado dominante a finales del siglo XIX. Se trata de una historia muy complicada, mucho más amplia, dentro de lo que podríamos llamar el espacio político alemán dentro del corazón de Europa. Por supuesto, no está predeterminado que Alemania vaya a surgir de la manera en que lo hace, y no es una historia que se deba definir a partir de lo que sabemos sobre las dos guerras mundiales y luego leer hacia atrás como una especie de relato de origen.

¿Cómo definiría a los pueblos de habla alemana?

Las fronteras modernas de Alemania a partir del siglo XX no tienen sentido si miramos hacia atrás. Basta

«Los alemanes no han poseído un genio bélico único, ni su historia militar puede leerse enteramente a través de la experiencia de Prusia».

con abrir un atlas histórico para ver que se trata de una parte de Europa que cambió de forma y composición a lo largo de los siglos y que en sí misma necesita una explicación. Prusia, por ejemplo, ya no forma parte de Alemania, está dividida entre Polonia y Rusia y en 1914 contaba con una importante minoría de hablantes no alemanes. En términos generales, mi libro estudia la historia militar de lo que ahora conocemos como Alemania, Austria y Suiza, y también de las partes que pertenecían al espacio político alemán de Europa Central, como la República Checa, por ejemplo, y partes del norte de Italia en distintas épocas.

Su obra sorprende tanto por la amplia cronología empleada como por la elección del año 1500 como punto de partida. ¿Por qué eligió esta fecha?

Esa es una buena pregunta. Lo hice por varias razones. En primer lugar, porque uno de mis objetivos es cuestionar la idea clásica de que nos encontramos ante un Estado altamente centralizado que utiliza el poder militar con fines agresivos para librar guerras ofensivas. Y aunque eso forma parte de la historia y es ciertamente parte de la historia de Prusia, no es el tema central a lo largo de los últimos quinientos años. Por lo tanto, me remonto al origen para que podamos entender de dónde viene y qué procede del Sacro Imperio Romano Germánico. De hecho, he

«La historia de Alemania no se debe definir a partir de lo que sabemos sobre las dos guerras».

escrito un libro que cubre esa historia política, *El Sacro Imperio Romano Germánico. Mil años de historia de Europa* –publicado también con Desperta Ferro–. Así que, tenemos un sistema complicado con numerosos señores de la guerra. ¿Cómo dejan de luchar entre sí? ¿Cómo cooperan contra graves amenazas externas, como los turcos otomanos? Además, alrededor de 1500 la guerra está cambiando. Es la época en la que la pólvora, el armamento, las tácticas de infantería en masa se convierten en los medios hegemónicos.

¿Existe un contraste entre la forma en la que Habsburgos y prusianos hacen la guerra?

Primero, existe algo que podría entenderse como la forma alemana de hacer la guerra y que tiene ciertamente sus raíces en Prusia. Esta idea surge en el siglo XVIII con Federico el Grande, y está ahí después de la victoria sobre Francia en 1871, porque los alemanes empiezan a creerlo. Esta forma alemana de hacer la guerra se

sustenta en la idea de que uno se halla acorralado por potencias hostiles, y por ello, hay que priorizar la capacidad de atacar primero, que hay que luchar de forma rápida y

decisiva porque, de lo contrario, uno se verá desbordado en una guerra de desgaste de dos frentes.

Se trata de una premisa sumamente seductora porque promete la posibilidad de una victoria rápida y relativamente barata, en términos económicos y

Tropas *Freikorps* en acción en Berlín, marzo de 1919. El carro es uno de los vehículos capturados a los británicos antes de 1918. Fotografía de 1919. Collectie Spaarnestad/Het Leven, Nationaal Archief, La Haya. (Nationaal Archief/Spaarnestad Photo/Bridgeman Images).



DOSIER DE PRENSA



«Las fronteras modernas de Alemania a partir del siglo XX no tienen sentido si miramos hacia atrás».

humanos. Adicionalmente, los espectaculares éxitos de Prusia y sus aliados alemanes en 1866 sobre Austria y en 1871 sobre Francia convencen a la gente de que, de alguna manera, han desentrañado los secretos del triunfo militar. En ambas guerras no se predijo que ganarían. Por ello, los alemanes acaban creyendo esta narrativa. Con este modelo en mente luchan en las dos guerras mundiales y en ambas ocasiones sale desastrosamente mal. No digo que este modelo no exista, pero no podemos interpretar toda la historia partiendo de esa perspectiva. Si nos fijamos en quién es el agresor en los siglos XVI, XVII e incluso en el XVIII no es Prusia, sino que son los Habsburgo austriacos, porque sistemáticamente tienen el ejército más grande y son los mejor organizados. Incluso a principios del siglo XIX se les sigue considerando la principal potencia militar. No es hasta 1866 cuando la atención se desplaza de forma decisiva hacia Prusia, y la gente empieza a copiar el modelo prusiano, que se convierte en la imagen de Alemania porque ha creado un el Segundo Imperio alemán al desmembrar la Confederación Germánica.

¿Cómo comenzó Prusia su ascenso?

Antes de nada, es preciso recordar que muchos de los escritos históricos que nos influyen proceden de la tradición alemana de finales del siglo XIX, como Ranke y son quienes que narraron el ascenso de Prusia.

Es una gran historia. Prusia procede de un rincón del imperio extremadamente poco fértil. De estos comienzos poco prometedores surge la gran potencia que es Prusia, lo cual lo convierte en un relato muy poderoso. Pero en realidad, tenían una serie de activos a su favor. A mediados del siglo XVII eran el segundo bloque territorial más grande, así que ya tenían dentro del imperio el 15% y controlaban el estado soberano de Prusia, un aspecto fundamental y que lo diferenciaba del resto de principados alemanes. Su éxito posterior se debe a las alianzas. Es durante los acuerdos de paz que ponen fin a la Guerra de Sucesión española cuando los prusianos son reconocidos como una potencia soberana independiente que forma parte del concierto de Europa. Así pues, logran ascender hasta el primer escalón de los Estados europeos utilizando sus recursos militares, pero también mediante una hábil diplomacia.

¿Cuándo se convirtieron los distintos principados alemanes en “alemanes” desde el punto de vista político y militar?

Es una pregunta delicada. Creo que la mejor respuesta es que existe un sentido de lo alemán como cuestión política. A finales del siglo XVIII hay muchos escritores que dicen que el Imperio está gobernado a la “alemana”. No poseen esa idea nacionalista de sangre y, por eso, algunos defienden que habría que tener una cultura común uniforme. De ahí que hubiera varios intentos de estandarizar la ortografía o de erradicar los dialectos.

Es mucho más un sentimiento ligado a la libertad; en la que identidad es múltiple, de modo que cada uno se identifica en primer lugar con su ciudad natal, luego quizá con el principado, después con la región y, por último, con el imperio, quien es el que garantiza el carácter distintivo de cada ciudad y sus privilegios.

¿Qué efecto tuvieron las diversas revoluciones del siglo XIX en el desarrollo de Prusia?

Las Guerras Revolucionarias llevaron a Prusia básicamente a la bancarrota y mostraron cuán frágil era aquel Estado en el siglo XVIII. Se retiraron de la guerra por presión de la insurrección polaca, pero tras darse cuenta del interés de Francia en reorganizar Alemania, cometen el error de combatir en 1806 y son completamente destruidos. En ese momento Prusia estaba al borde de la extinción.

Esta es una de las cosas que influyen en el pensamiento militar posterior. ¿Cómo hacer frente al potencial de la nación en armas que parece representar la Francia revolucionaria? Además, está el miedo a la propia revolución y a las convulsiones entre conservadores y liberales. El fantasma de la revolución está presente, obviamente, en 1848 y el de la nación en armas está presente en 1870-1871, pues tras haber sido derrotado y capturado Napoleón III y la mayor parte del ejército regular, los franceses en lugar de rendirse, movilizan a la población. El miedo a que la victoria les sea arrebatada y que, pese a haber luchado limpiamente sean engañados, es un factor de importante influencia en su pensamiento militar en el periodo que lleva a la Primera Guerra Mundial.

¿Qué nos perdemos al analizar el desarrollo de la historia militar de Alemania en ambas guerras mundiales si no nos fijamos en el amplio abanico anterior?

Una de las cosas es que se pasa por alto la contingencia. Se tiende a ver todo como un proceso inevitable hacia las

«La experiencia alemana en las dos guerras mundiales impresionó profundamente a sus enemigos».



El landgrave Federico II de Hesse-Kassel pasa revista a sus guardias, hacia 1770. Óleo de Brock, ca. 1770. (© Museumslandschaft Hessen, Kassel/Bridgeman Images).

dos guerras mundiales. Los argumentos que apuntan a que la Segunda Guerra Mundial está motivada por el fracaso a la hora de resolver las tensiones causadas por la Primera Guerra Mundial son contundentes, pero esta sensación general de inevitabilidad despoja a la historia de la agencia, del factor humano. Quiero decir que la gente también comete errores y toma decisiones. Todo ello forma parte de la historia, así que creo que hay que intentar restaurar algo de esa capacidad de acción, esa sensación de incertidumbre. Por otro lado, si adoptamos una visión más amplia, tenemos una mayor perspectiva de lo que sucede en la historia.

En su libro recoge una síntesis acerca de la mentalidad alemana durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial es que está inmersa en “una lucha por la supervivencia nacional antes siquiera de que se hubiera disparado un tiro”.

Por supuesto. Sin embargo, si bien en mi libro me centro en la Europa Central de habla alemana, algunos de estos rasgos pueden detectarse igualmente en Francia o en Gran Bretaña, y esto es algo que también conviene recordar. No se trata necesariamente de algo exclusivo de la mentalidad alemana, sino que en parte se debe a la mentalidad que imperaba en los

ejércitos profesionales antes de la Primera Guerra Mundial.

Teniendo en cuenta los antecedentes, ¿por qué seguimos fascinados por el ejército alemán?

Fue muy difícil derrotar a los alemanes en las dos guerras mundiales y fueron muy eficaces, sobre todo a nivel táctico, además de innovadores en muchos aspectos, aunque nunca lo suficiente como para lograr la victoria. Sin embargo, les hizo unos oponentes muy formidables. Por lo tanto, la experiencia alemana en ambos conflictos impresionó profundamente a sus enemigos. De esto se desprende la idea de que, dado que los alemanes lucharon con éxito durante tanto tiempo contra viento y marea, algo debemos aprender de ellos. De modo que existen este tipo de razones objetivas y luego, por desgracia, creo que también nos sentimos atraídos por las apariencias, como los uniformes o la forma en que se presentaba la sociedad durante el régimen nazi.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos
Nota acerca de los términos empleados
Mapas
Introducción

PARTE I. EQUILIBRAR GUERRA Y PAZ

Capítulo 1. Señores de la guerra
Capítulo 2. La formación de los ejércitos
Capítulo 3. Hacer de soldado

PARTE II. ACEPTAR LA GUERRA COMO PERMANENTE

Capítulo 4. Contener el monstruo de la guerra
Capítulo 5. Ejércitos permanentes
Capítulo 6. De carga extraordinaria a servicio ordinario

PARTE III. LA PROFESIONALIZACIÓN DE LA GUERRA

Capítulo 7. Habsburgos y Hohenzollern
Capítulo 8. La profesionalización de la guerra
Capítulo 9. La socialización de las fuerzas armadas

PARTE IV. LA NACIONALIZACIÓN DE LA GUERRA

Capítulo 10. La guerra y la construcción de naciones
Capítulo 11. Naciones en armas
Capítulo 12. Al servicio de la nación

PARTE V. LA DEMOCRATIZACIÓN DE LA GUERRA

Capítulo 13. Demagogos y demócratas
Capítulo 14. ¿De la guerra total al fin de la guerra?
Capítulo 15. Ciudadanos de uniforme

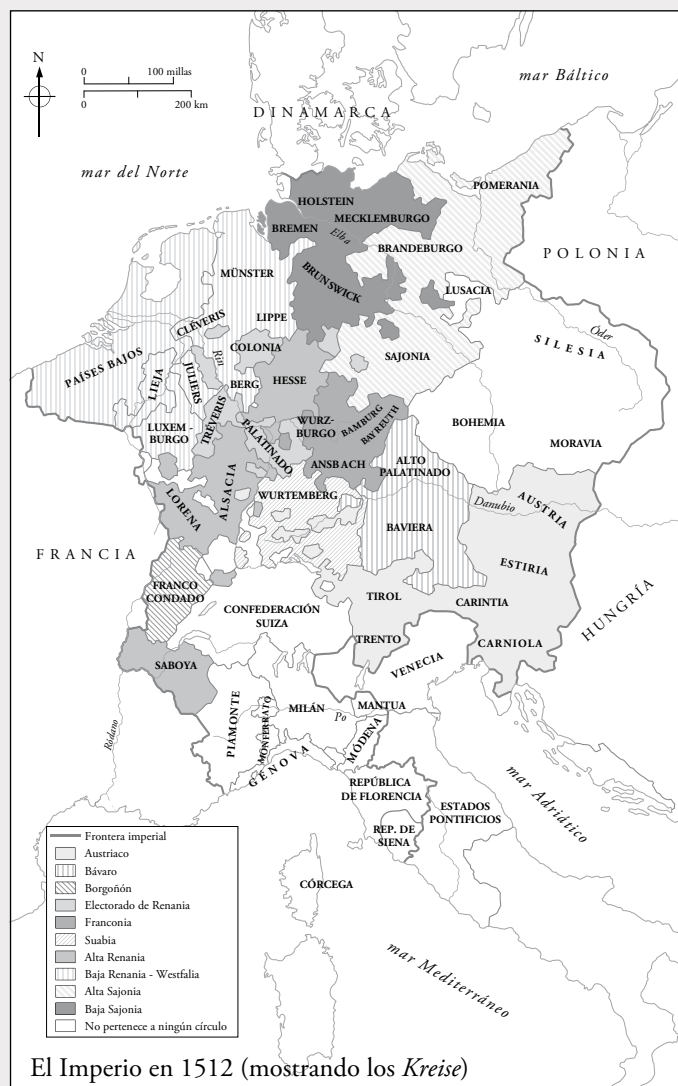
Abreviaturas utilizadas en este libro
Bibliografía
Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

SEÑORES DE LA GUERRA



El Imperio proporciona el marco político de la Europa central germánica en tres de los cinco siglos que abarca el presente libro. Los Estados posteriores de Austria, Suiza y Alemania surgieron de este. Era «sacro» gracias a sus orígenes como protector secular del Papado desde el año 800, así como por la presencia de los señores eclesiásticos católicos, que respondían al nombre colectivo de «Iglesia imperial» y que controlaban alrededor de la séptima parte de su territorio. Era «romano» porque reclamaba ser la continuación directa de la Antigua Roma imperial y porque heredó la pretensión de dicho imperio de establecer un orden paneuropeo.³

El Imperio, tras su importante expansión oriental en la Alta Edad Media, se contrajo algo al oeste y al sur a partir de 1250, con lo que asumió un carácter más inequívocamente «germano», si bien esto siempre se definió más desde un punto de vista político que lingüístico o cultural. Aunque a finales del siglo XV las palabras «de la nación germana» fueron añadidas al término Sacro Imperio Romano, esto nunca llegó a ser su título formal y siempre se aceptó que muchos de sus habitantes hablaban otras lenguas. Salvo algunos intelectuales, muy pocos consideraron que esto fuera un problema antes de la desaparición del Imperio, en 1806.

Nunca fue un reino centralizado. Por el contrario, el Imperio evolucionó a través de una serie de fases definidas por las diferentes relaciones entre su élite señorial. La distinción entre gobierno hereditario y electivo era borrosa en muchas monarquías, con lo que numerosos reinos europeos sufrieron la inestabilidad y cambios de dinastía correspondientes. El carácter electivo de la monarquía imperial, no obstante, se hizo aún más pronunciado. Después de 1356, la potestad quedó limitada a siete príncipes, que recibían el apropiado título de «electores», mientras que la cifra de candidatos potenciales se redujo aún más y la medida de elegir a un «rey de romanos» permitía al emperador vigente obtener el reconocimiento de su hijo como sucesor designado.

La política imperial siempre contuvo relaciones verticales, entre señor y vasallo, y elementos colectivos de asociación horizontal. Los dos elementos no eran necesariamente contradictorios, por lo que no debemos simplificar en exceso la cuestión reduciéndola a un dualismo entre emperador y príncipes. Ambos eran interdependientes. Los príncipes no buscaban reducir al emperador a una figura decorativa, ni escapar a la autoridad imperial. No solo era que sus territorios fueran, en general, demasiado pequeños para que fuera viable una existencia independiente, sino que su valía personal dependía de su estatus de príncipes imperiales, que les otorgaba derechos y privilegios en el seno del extenso Imperio. Podían llegar a violentos desacuerdos con el emperador o con sus vecinos, pero no cuestionaron la existencia del Imperio hasta poco antes de su fin. Es más, el legado imperial mantuvo su autoridad moral y legal mucho más allá de 1806, el año de su desaparición formal.

CAPÍTULO 3

HACER DE SOLDADO

Los europeos de los inicios de la Edad Moderna tenían un concepto de nacionalidad, si bien el criterio no estaba fijado del todo, pues el término se aplicaba con flexibilidad. Debemos tener en cuenta esto a la hora de tratar acerca de los orígenes de los soldados, pues no debemos interpretar la aplicación de ciertas etiquetas como prueba de la existencia de identidades nacionales modernas.²⁷ La gente de la época distinguía Alemania, en lo cultural y en lo lingüístico, entre Alta Alemania (sur) y Baja Alemania (norte). Si la primera se asociaba sobre todo con el suministro de lansquenetes, la segunda ganó fama, a partir de la década de 1540, por proporcionar caballería. En el interior de la Alta Alemania, la Alta Suabia tenía reputación de ser el principal terreno de reclutamiento de lansquenetes y se diferenciaba de la Suiza germanoparlante más en lo político que en lo lingüístico. En la práctica, la infantería de la Baja Alemania no se organizaba de diferente forma y no fue hasta después del estallido de la Guerra de los Ochenta Años (1568-1648) cuando la población de los Países Bajos empezó a identificarse de forma más clara como valona o como neerlandesa.

«Nación», en su sentido más amplio, solo asumió un significado real para los hombres que servían fuera del Imperio. El mismo Luis XI insistía en separar a los soldados de habla germánica en unidades de lansquenetes, aunque, en la práctica, los regimientos «suizos» tenían una minoría significativa de «alemanes». La segregación de la tropa por nacionalidad se practicaba por toda Europa y reflejaba las creencias en relación con el carácter y el

espíritu marcial de cada nación. En el interior del Imperio, las autoridades preferían hombres locales, esto es, sus propios súbditos, pues estos estaban ligados por vínculos legales y de lealtad. El sistema de contingentes empleado por el Imperio y sus diversas Ligas hacía que los ejércitos se organizaran sobre la base de compañías y regimientos formados por hombres de los territorios que les habían enviado. De igual modo, los suizos solían enrolarse en unidades vinculadas a su cantón de origen. Cuando era necesario, se reclutaba un mayor número de «extranjeros», esto es, hombres de territorios vecinos. Los contratistas que reclutaban para las expediciones imperiales o para los regimientos destinados a otras potencias eran menos selectivos con el lugar de origen de cada soldado.²⁸

A partir de la década de 1520, la religión fue un factor con una importancia creciente. España prefería hombres de las zonas católicas como Austria, Baviera, Colonia y parte del sur de Alemania, si bien no dejaba de reclutar entre los protestantes de Franconia y del norte de Alemania. En 1546, la Liga de Esmalcalda tuvo dificultades para reclutar en ciertas zonas porque los habitantes eran católicos o, cuando menos, reacios a combatir al emperador, que puso cuidado en no tratar el conflicto como una guerra religiosa y proporcionó a su ejército capellanes protestantes. Pese a que en 1555 los Estados imperiales asumieron la potestad de supervisar a la Iglesia en sus territorios, los ejércitos continuaron siendo en su mayoría zonas no confesionales, que aceptaban reclutas con independencia de su credo.

La actitud desafiante de los suizos tras su derrota de Marignano, en 1515, retratada por Ferdinand Hodler, 1900. Musée d'art et d'histoire, Ginebra. (Album/Alamy).



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 5

EJÉRCITOS PERMANENTES

Durante la Guerra de los Treinta Años, los Habsburgo fueron los que más delegaron el mando en campaña a un generalísimo o teniente general, al contrario que los príncipes menores, que acostumbraban a dirigir a sus fuerzas en persona. Estos últimos solían tener una cifra de tropas más bien reducida y, para aquellos que se enfrentaran a los Habsburgo, su implicación en la guerra ponía en peligro su estatus de príncipes imperiales. Además, consideraban necesaria su presencia en el campo de batalla para asegurar que Suecia conti-

neral, que asumía el rol teórico de su consejero, pero, en la práctica, ejercía el mando real. Si bien esto permitió a Federico escapar a la responsabilidad directa del desastre de Montaña Blanca, su inmediata huida de Praga después de la batalla ocasionó un perjuicio irreparable a su reputación. Al igual que Amalia Isabel, Maximiliano trató de dirigir las operaciones por medio de correspondencia regular con sus comandantes y se implicó mucho en asuntos administrativos, algunos bastante detallados. Su prolongada relación con

Jean Tserclaes de Tilly demuestra la importancia de los aspectos personales. Ambos eran hombres distantes y fríos, a pesar de lo cual llegaron a sentir verdadera simpatía y comprensión mutua: Maximiliano, que rara vez se expresaba con amabilidad, manifestó su preocupación por el bienestar de Tilly. Los dos eran devotos católicos, si bien Tilly mostraba más afinidad por los intereses de los Habsburgo. La relación funcionó, porque Tilly compartía los puntos de vista de su señor en relación con la lealtad. Obedecía con diligencia y tenía cuidado a la hora de expresar críticas.⁴

Tilly, después de superar unas difíciles circunstancias familiares, ascendió desde soldado raso al servicio de España a mariscal de campo imperial en 1605. Sin embargo, su carrera estuvo a punto de naufragar a causa de su lealtad a Rodolfo II, que

le llevó a alinearse con el bando perdedor en la «disputa de los hermanos» de 1608. Su paso al servicio de Baviera en mayo de 1610, con el rango de teniente general, indica la existencia de una jerarquía informal entre los cargos imperiales, más codiciados, y los principescos, donde las recompensas solían ser menores y había menos oportunidad de alcanzar la gloria. Después de haber comandado un ejército contra los turcos, Tilly pasó ahora a dedicarse a reorganizar la milicia bávara y tener que vérselas con la burocracia y la cicatería de Maximiliano. Ya con 50 años cumplidos, y con achaques a causa de heridas anteriores, Tilly podría muy bien haber caído en el anonimato, de no ser por el inicio de una larga contienda en 1618. Su rol en la victoria de Montaña Blanca consolidó la fe de Maximiliano en sus capacidades y garantizó su continuidad en el mando de las fuerzas bávaras y de la Liga Católica.



La Guerra de los Treinta Años, retratada en un pliego de la época como una «bestia implacable, odiosa, cruel y abominable», 1635. Autor desconocido. (Kulturstiftung Sachsen-Anhalt/Moritzburg Art Museum, Halle (MOIIF00172)).

nuara tomando en serio sus intereses. Los suecos, con motivo, desconfiaban de sus aliados germanos y solían designar a uno de sus generales para que acompañase a los príncipes más poderosos, además de tratar de dispersar sus tropas entre varios contingentes para debilitar la influencia teutona. Varios príncipes fueron expulsados al exilio y la muerte del landgrave Guillermo V de Hesse-Kassel obligó a su viuda, Amalia Isabel, a entregar el mando a un general varón, si bien ella continuó dirigiendo la estrategia general.³

Federico V del Palatinado, Juan Jorge de Sajonia y Maximiliano I de Baviera acompañaban en ocasiones a sus ejércitos, aunque delegaban el mando en un ge-

CAPÍTULO 7

HABSBURGOS Y HOHENZOLLERN



Oficiales de la Real Guardia de Húsares prusiana hacen gala de sus habilidades ecuestres, ca. 1736. La figura principal es el comandante de la unidad, el coronel Alexander Ludwig von Wurmb. Óleo de Christian Friedrich Hosenfelder. (Interfoto/Alamy).

Las dos décadas de relativa paz posteriores a 1714 fueron testigo de la consolidación de los métodos de organización, reclutamiento, instrucción y financiación militares establecidos a partir de la década de 1670. El oficio de las armas se convirtió en una carrera, eso sí, mal pagada y los ejércitos eran ahora una parte aceptada de la sociedad. El entrenamiento, escalafón, pensiones y otros mecanismos se hicieron cada vez más profesionales, en el sentido moderno del término, esto es, la adhesión a un conjunto común de estándares, conductas y prácticas. A su vez, estas eran sometidas a una supervisión y regulación estatal más estrecha y operaban por medio de una cultura escrita oficial, en lugar de usos separados y prácticas *ad hoc*. A pesar de los ajustes debidos a la derrota y al colapso del Sacro Imperio, en 1806, las estructuras básicas que cristalizaron hacia 1714 aguantaron hasta bien entrado el siglo XIX.

Mientras que las instituciones castrenses cambiaron relativamente poco en el transcurso del siglo XVIII, el equilibrio político del Imperio quedó alterado de forma irrevocable por el surgimiento, en 1740, de la abierta rivalidad austro-prusiana, que consolidó a la monarquía de los Hohenzollern como segunda gran potencia junto con los Habsburgo. A medida que Prusia ascendía, los demás electorados y principados medianos se hundían en una masa de

territorios menores, en la «Tercera Alemania», superada, en lo militar y en lo político, por las dos grandes potencias, cuyas directivas determinaban cada vez más los destinos del Imperio. La internacionalización de la política imperial y suiza avanzó sin cesar. El destino de ambos Estados se hizo más dependiente del equilibrio de poder general en Europa y de la actitud de las principales potencias del continente. Aunque Suiza no tenía ninguna posibilidad real de poder defenderse, el Imperio podría haber evitado su desaparición si Austria y Prusia hubieran cooperado para salvarlo, en lugar de perseguir sus propios intereses. Abandonados a su suerte, la mayoría de los príncipes medianos se unió a Napoleón. A partir de 1806, la Tercera Alemania adquirió forma propia: una confederación independiente. Aunque su existencia fue breve, los cambios políticos que implicó imposibilitaron restaurar el Imperio tras la derrota de Napoleón, de modo que Alemania continuó, hasta entrada la década de 1860, dominada por el equilibrio inestable entre sus dos principales potencias.

La costumbre de leer la historia germana a través del relato prusiano reduce a menudo el siglo XVIII a una teleología en la que los Hozenhollern suplantaron, de modo inevitable, a los Habsburgo en el puesto de principal potencia. En realidad, a pesar de los repetidos reveses sufridos a partir de 1733, Austria continuó siendo la potencia dominante, que dio pruebas constantes de una resistencia muy superior a la de Prusia, la cual escapó en varias ocasiones por muy poco de sufrir una derrota catastrófica y que descendió, por breve tiempo (1806-1813) al grupo de Estados europeos de segunda fila.

CAPÍTULO 11

NACIONES EN ARMAS

Al igual que ocurre con tantos otros aspectos de la Europa decimonónica, la Revolución francesa y Napoleón proyectan una larga sombra en relación con las cuestiones militares. La derrota de Austria y el Imperio había requerido una década de sangrientos conflictos. De igual modo, habían hecho falta tres años de guerra de desgaste para liberar Alemania en 1814. Esta experiencia conformó el deseo generalizado de evitar futuras contiendas costosas e imponer límites estrictos al gasto militar en las tres décadas posteriores a 1815. Por otra parte, las rápidas victorias de Napoleón sobre Austria y Prusia entre 1805 y 1807, así como su derrota definitiva en Waterloo, dejó una poderosa memoria de gloria marcial y la convicción de que la guerra había experimentado un cambio irrevocable. Este legado contradictorio de sufrimiento y conmemoración, combinado con los desacuerdos entre conservadores y liberales acerca del orden político y social posnapoleónico, conformó las políticas de defensa y la organización militar hasta las nuevas convulsiones revolucionarias de 1848-1849.

A partir de esta época, los acontecimientos experimentaron una influencia cada vez mayor del rápido cambio tecnológico, propulsados, a su vez, por la industrialización, que posibilitaba la producción en masa de armamentos de ingeniería de precisión, posibles por primera vez. Asimismo, la introducción de innovaciones tales como la máquina de vapor, el ferrocarril y el telégrafo eléctrico revolucionaron el transporte y las comunicaciones. El servicio militar de corta duración de Prusia se reveló la mejor respuesta a las exigencias enfrentadas de economía, eficiencia, calidad y cantidad. Sus triunfos sobre Austria y Fran-

cia lo convirtieron en el modelo que seguir, a pesar de que incluso sus propios comandantes continuaron debatiendo cuál era la mejor manera de adaptarse a los nuevos, y cada vez más rápidos, cambios tecnológicos. Al mismo tiempo, tanto Austria como Prusia se unieron al grupo de principales potencias navales del mundo, en un principio encabezadas por la primera; hubo que esperar a 1898 para que fuera superada por la Alemania imperial.

Las victorias de Prusia del periodo 1864-1871 se atribuyeron, en su momento y en épocas posteriores, a una planificación superior que permitió optimizar el potencial del ejército y lograr las ansiadas victorias rápidas y decisivas. Este aspecto, más que ningún otro, ha conformado la persistente creencia popular de que los alemanes poseen un «genio para la guerra» particular, como ya se ha comentado en el capítulo introductorio. Combinado con la admiración general hacia Clausewitz, cuyos escritos se creía que determinaban sus planes bélicos, esto consolidó la idea de que los alemanes en general, y los prusianos en particular, eran los verdaderos intérpretes y herederos de Napoleón y que habían descifrado el secreto de la victoria, que podía condensarse en un conjunto de fórmulas atemporales. En ningún lugar es esto más cierto que en Estados Unidos, donde Clausewitz sigue siendo el único extranjero honrado con un retrato en la National War College de Washington.

Un examen más minucioso revela explicaciones más complejas de los triunfos –y de los fracasos– germanos del siglo XIX. Entre todos los mitos, el más exagerado es, con diferencia, el que se refiere al mando y control. Los críticos del militarismo germano sostienen desde hace mucho tiempo que la ausencia de estructuras plenamente democráticas permitió al ejército escapar al control político y prepararse de forma irresponsable para una contienda que acabó siendo autodestructiva. Esto también es una distorsión, sin embargo, señala el problema clave que ninguno de los Estados alemanes logró resolver de forma satisfactoria después de 1815: cómo establecer estructuras claras y responsables que gestionaran las tareas relacionadas de mando, administración y planificación. Los problemas de la Alemania imperial no radicaban tanto en la pretensión de los militares de escapar al control constitucional como en haber heredado de Prusia la infortunada división de estos tres elementos entre instituciones enfrentadas, que potenció aún más.



CAPÍTULO 13

DEMAGOGOS Y DEMÓCRATAS

Hitler no se detuvo ahí. El 3 de abril de 1939 ordenó al Estado Mayor General preparar el Caso Blanco, nombre en clave de la invasión de Polonia. Aunque era él quien dictaba el ritmo incesante, su pensamiento estratégico coincidía, en líneas generales, con el de los mandos de la *Wehrmacht* y, sin duda, también con el del Estado Mayor General de finales de la era guillermina. Todos consideraban que Alemania estaba rodeada de enemigos reales, no imaginarios, los cuales, sin duda, tenían igualmente una visión competitiva del mundo y se estaban armando como lo hacían ellos. A Hitler le bastó con llevar el extremo lógico de esto a una escala global. En el verano de 1939 era obvio que Alemania nunca podría igualar los recursos de las potencias occidentales, las cuales, junto con Estados Unidos y la Unión Soviética, estaban acelerando el rearme. Por otra parte, las alianzas de Alemania con Italia y Japón eran poco firmes y apenas contribuyeron a inclinar el equilibrio estratégico general.

Alemania se embarcó en la contienda con su economía a pleno rendimiento, mientras que sus principales adversarios apenas empezaban a arrancar y poseían capacidades enormes e infrautilizadas. Al igual que en 1914, Alemania era una potencia regional que se enfrentaba a países con recursos globales y, una vez más, las decisiones militares clave dependían de hacer

como si esto no fuera así. Los dirigentes creían que había una estrecha «ventana de oportunidad» para atacar antes de que sus enemigos fueran demasiado fuertes. Esta ventana se amplió por breve tiempo cuando Stalin aceptó firmar el Pacto Ribbentrop-Mólotov del 23 de agosto, que dividió la Europa centrooriental entre esferas de influencia y garantizó el flujo de petróleo y materias primas que Alemania necesitaba a cambio de efectivo y armamentos. El acuerdo amortiguó el impacto potencial del bloqueo naval británico. Por otra parte, el fuerte sentimiento aislacionista de los estadounidenses eliminó la amenaza inmediata de una intervención de Estados Unidos.¹¹¹

La experiencia precedente había condicionado a las fuerzas armadas alemanas a aceptar que la «necesidad militar» legitimaba las medidas extremas y su gran celo profesional les inculcó una ética de «crueldad tecnocrática».¹¹² No obstante, sus actos a partir de 1939 fueron cuantitativa y cualitativamente diferentes. La convicción de que Alemania estaba empeñada en una lucha por la supervivencia nacional, inculcada antes de que sonara el primer disparo, favoreció en la *Wehrmacht* la aceptación general de la ideología racial y maniquea del régimen, lo que, a su vez, condujo a extremos de violencia cada vez mayores.

Blitzkrieg a ritmo lento. Infantería a pie junto a una columna acorazada encabezada por un cañón de asalto Sturmgeschütz III, Rusia. Fotografía de 1941. (Shawshots/Alamy).



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 15

CIUDADANOS DE UNIFORME

Las dos contiendas mundiales, combinadas, duraron poco más de diez años y fueron excepcionales en intensidad e impacto. Dos generaciones sucesivas quedaron marcadas por muertes masivas, violencia horrenda, privaciones y sufrimiento. La escala y magnitud de estos conflictos hizo que se las denominara «guerras totales», si bien la aparente uniformidad sugerida por esta denominación común oculta considerables diferencias entre ambas. Aunque la violencia de la Segunda Guerra Mundial es inexplicable sin hacer referencia a la de la Primera, estas difieren en muchos aspectos. El carácter de genocidio deliberado de buena parte de la violencia de 1939-1945 dejó un legado que sigue definiendo la forma en que los alemanes de hoy piensan y reaccionan a los conflictos bélicos. Suiza, pese a no ser un beligerante, también se vio afectada de forma directa por las dos conflagraciones mundiales. Sin embargo, desde la perspectiva del siglo XXI, es posible discernir otras pautas importantes. Con la salvedad de una década de guerra mundial, la experiencia del servicio militar de alemanes y suizos fue, en líneas generales, similar a la de sus predecesores del siglo XIX; de forma indirecta a través de las cargas impositivas, excepto una proporción relativamente modesta de jóvenes llamados a filas para servir como ciudadanos en uniforme.

La estructura básica de la instrucción militar establecida a finales del siglo XIX se mantuvo: escuelas de instrucción de suboficiales y oficiales, donde se les instruía sobre todo en liderazgo y tácticas, centros

independientes para especialistas, como ingenieros, y academias superiores de guerra para la formación de altos mandos y personal de Estado Mayor. En un reflejo de puntos fuertes y débiles más generales, la enseñanza de los niveles más bajos y los especializados fue más efectiva que la de las academias de guerra, que durante mucho tiempo se centró más en tácticas y operaciones que en la estrategia y el contexto sociopolítico general del conflicto.

Las fuerzas armadas se beneficiaron del incremento generalizado de la educación de las sociedades en las que reclutaban. Entre 1875 y 1945, el porcentaje de oficiales de milicia helvéticos con formación universitaria creció del 60 al 90 por ciento.¹ La situación era mucho menos favorable en Alemania, si bien la reducción impuesta tras la Primera Guerra Mundial les permitió ser mucho más selectivos y más del 90 por ciento de la oficialidad de la *Reichswehr* se incorporaba con, al menos, un certificado de estudios secundarios. Las academias superiores de guerra fueron prohibidas, pero Alemania se limitó a delegar la antigua formación de oficiales de Estado Mayor al nivel divisionario. Los suboficiales, a su vez, recibían formación de oficiales, para así disponer de cuadros para un contingente mucho mayor. De todos modos, las cifras totales se mantuvieron bastante reducidas, de ahí que la *Wehrmacht* tuviera problemas para hallar suficientes oficiales cualificados una vez empleó la reserva inicial de talento durante la primera oleada de expansión iniciada en 1933. El entrenamiento se basó en las prácticas anteriores, si bien la nueva

Luftwaffe adoptó la simulación de conflictos [*wargaming*]. Los cursos eran de un nivel intelectual más exigente. No obstante, todas las armas siguieron enfatizando la importancia de la fuerza de voluntad y el sentido del deber por encima del intelecto o la competencia profesional; algo que se hizo aún más pronunciado bajo la influencia perniciosa de la ideología nazi.²



Auxiliares femeninas de transmisiones en el París ocupado. Fotografía de agosto de 1940. (Bundesarchiv, Koblenz (Bild 1011-768-0147-19)).

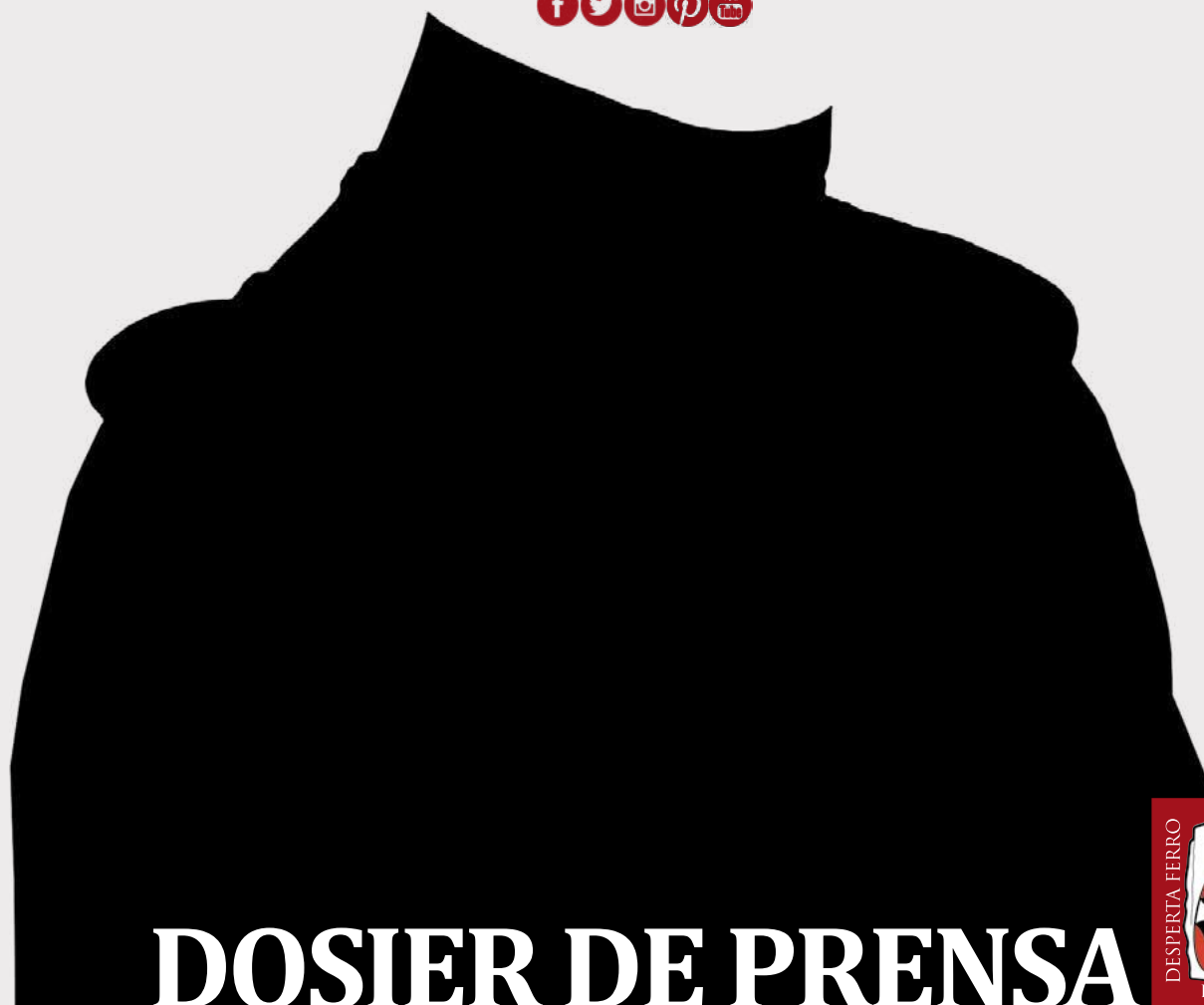


Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

